

Petros Márkaris

OFFSHORE

SERIE
**KOSTAS
JARITOS**



colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

PETROS MÁRKARIS
OFFSHORE

Traducción del griego
de Ersi Marina Samará Spiliotopulu

Título original: *Offshore*

1ª edición: marzo de 2017

© Petros Márkaris, 2016, y Diogenes Verlag AG, Zúrich, 2017.
Reservados todos los derechos excepto para la lengua griega.

© de la traducción: Ersi Marina Samará Spiliotopulu, 2017
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-385-1
Depósito legal: B. 1820-2017
Fotocomposición: Víctor Igual, S.L.
Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

—En el sepulcro te tendieron, Cristo...

La procesión de Semana Santa se detiene a la altura de la calle Vulís, poco antes del cruce con Otón. Al triunvirato de sacerdotes que la encabeza lo siguen cuatro feligreses que sostienen el Epitafion.* En dos de las aceras de la plaza Síntagma, del lado del monumento al Soldado Desconocido y del de enfrente, los fieles han formado un auténtico muro. La multitud lleva cirios encendidos y sigue con devoción el recorrido del Epitafion mientras algunos canturrean los encomios.

En la parte inferior de la plaza y en la calle Filelinon hay un pandemonio ensordecedor de cláxones.

—¿Esa gente está en sus cabales? —se indigna Adrianí—. Hoy no es un día de fiesta, es un día de luto. ¿A qué demonios viene tanto alboroto con el claxon?

—Los pitidos son como la ropa unisex —le contesto—. Valen para todos y en todas las ocasiones.

Mi mujer me echa una bronca silenciosa con la mirada. Nos hemos quedado solos ella y yo; Katerina y Fanis han ido a Volos para celebrar la Pascua con los consuegros.

La soledad en que nos quedamos Adrianí y yo nos impulsó a salir de casa en busca de una iglesia para ver el Epitafion. Yo propuse ir a una de las iglesias de nuestro barrio, la de la Ascensión de la Virgen o la de San Lázaro, pero Adrianí insistió en

* El Epitafion es un lujoso icono bordado en tela que, en las iglesias ortodoxas, durante las misas del Viernes Santo y el Sábado Santo, sale en procesión por las calles de cada parroquia. (*N. de la T.*)

que era una buena ocasión para seguir, después de muchos años, las procesiones del Epitafion en la plaza Síntagma. Así que nos unimos a la primera procesión, que se dirige a la iglesia de Santa Katerina, en Plaka.

Estamos a principios de mayo, es una noche agradable y los fieles congregados delante de la iglesia escuchan la liturgia a través de los altavoces y cuchichean por lo bajo. La devoción queda confinada en el interior de la iglesia. En el exterior reina una gran expectación sólo quebrada por los susurros.

Adrianí es la única que se ha entregado a la liturgia y canturrea en voz baja. Me inclino hacia su oído para decirle que ya es hora de cenar, puesto que ese día, en Grecia, la ceremonia culmina en las tabernas y los restaurantes y es de recibo cumplir con las tradiciones, pero mi mujer se lleva un dedo a los labios y me interrumpe con un «chissst» prolongado antes de que yo me atreva siquiera a abrir la boca.

Así pues, me trago las palabras junto con el hambre que me acosa. Adrianí me tiene en régimen de ayuno desde el comienzo de la Cuaresma. Hasta ahora, el ayuno estricto se limitaba a la Semana Santa, pero este año me anunció que ayunaríamos los cuarenta días enteros. Cuando le pregunté por qué, me respondió que había hecho una promesa, así, sin más explicaciones. La única concesión que me ha hecho fue permitirme aliñar con aceite las comidas, mientras que ella las toma hervidas cada miércoles y cada viernes, sin aliño de ninguna clase.

Sólo cuando la ceremonia se acerca a su fin cede un poco en su rigidez.

—Vamos a cenar antes de que se llene el restaurante y nos quedemos sin mesa —declara.

También esto lo tiene previsto. Iremos a cenar al Plátanos porque, según su docta opinión, los que siguen la liturgia del Epitafion en las iglesias de Plaka luego toman una cena tradicional en ese restaurante.

Sus previsiones son acertadas. Apenas nos hemos sentado a una mesa de la terraza, junto a la verja de un jardín, cuando irrumpen los feligreses y se abalanzan sobre las mesas vacías con gritos, señas y gesticulaciones.

Dejo que Adrianí elija la comida. Pide un guiso de judías secas, sepia con espinacas, pulpo a la vinagreta y una ración de calamares. Insiste en acompañar la cena con retsina porque así lo exige la tradición del Viernes Santo, con lo que me devuelve mentalmente a la década de los sesenta.

—Hoy tendrás que tomar aceite, quieras o no —bromeo.

Aunque sea para mis adentros, debo reconocer que me alegro de que esta noche hayamos salido a cenar los dos solos. Estos últimos años, nuestras cenas son siempre en familia: con nuestra hija Katerina y su marido, Fanis; a menudo con Maña, la colaboradora de mi hija, y con Uli, la pareja de Maña, y frecuentemente contamos con la presencia adicional de los padres de Fanis, nuestros consuegros, que viven en Volos.

La crisis económica ha contribuido a estrechar nuestros lazos familiares pero, al mismo tiempo, ha ido privándonos de nuestra vida conyugal; también se han acabado aquellas veladas frente al televisor, con las protestas indignadas de Adrianí, o ella plantada delante de la tele y yo enfrascado en el diccionario de Dimitrakos. Puede que entonces no habláramos mucho, pero ahora el jolgorio familiar cotidiano a la hora de cenar me hace añorar nuestro silencio compartido. Por eso esta salida en pareja me ha puesto de buen humor.

—Después de la liturgia del Epitafion, siempre se toma aceite. No estoy faltando al ayuno —contesta Adrianí.

—En fin... ¿Qué es esa promesa que hiciste?, ¿puedes contármelo? —pregunto, y acompaño la pregunta con una sonrisa, para prevenir posibles estallidos de indignación.

Mi mujer titubea, pero al final se le desata la lengua.

—Prometí a la Virgen que ayunaría a lo largo de toda la Cuaresma si nos libraba de la crisis —me dice. Guarda silencio, por si yo hago algún comentario, pero me doy cuenta de que quiere continuar y no rechisto—. Sobre todo este último año, he rozado mis límites, Kostas —me confiesa con un suspiro de alivio—. No había manera de cuadrar las cuentas. Ir al mercado por las mañanas se había convertido en mi calvario particular. No podía estirar más el dinero. Si supierais cuántas veces habéis cenado sobras recocinadas, alucinaríais.

—Te aseguro que nadie se ha dado cuenta —la tranquilizo.

—Puede que no, pero para mí era una pesadilla. Si Katerina y Fanis lo supieran, nunca más vendrían a cenar a casa. Un día, mientras preparaba algo con las sobras, recé: «Si nos libras de esta crisis, Virgen santa, te prometo que ayunaré toda la Cuaresma».

—Pero, bueno, la promesa la hiciste tú. ¿A mí por qué me has obligado a cumplirla?

Me mira y se ríe con picardía.

—Pensé que la Virgen me reconocería el valor de haber llevado a mi marido por el camino de la fe y de la virtud.

Nos echamos a reír al mismo tiempo. Miro a mi alrededor. Todas las mesas están repletas de grupos nutridos. Dos camareeros corren sudorosos con bandejas en las manos y no dan abasto para servir a la gente.

«Hemos vuelto a las viejas costumbres», me digo.

En la calleja estrecha que da a la plaza están aparcados un Mercedes, un Jeep Cherokee y un Jeep Honda. Los transeúntes tienen que pasar de lado, rozando esos obstáculos.

Ya estamos a mitad de la cena cuando distingo a dos de mis ayudantes, Kula y Papadakis, que entran en la plaza tomados de la mano. Tampoco le han pasado inadvertidos a Adrianí, que me lanza una mirada inquisitiva.

—¡Felices Pascuas! —les grito.

Cuando nos ven, se quedan helados. Tras el desconcierto, su primera reacción consiste en soltarse precipitadamente las manos.

—Venid a sentaros con nosotros —los invito alegremente, aunque mi alegría tiene su precio: va a poner fin a nuestra intimidad conyugal.

Se miran, intentando tomar una decisión cómplice. Al final, Kula da el primer paso hacia nosotros y Papadakis la sigue.

—No queremos molestarles —dice Kula cuando llegan junto a nuestra mesa.

—¿Cómo vais a molestarnos en un día como hoy? —responde Adrianí en mi lugar.

Ya que los hemos pillado in fraganti, hacen de la necesidad

virtud y se sientan con nosotros. Procedo a hacer las presentaciones. Adrianí conoce a Kula, pero no a Papadakis.

Añadimos al menú un plato de puré de guisantes secos y un guiso de alcachofas; sin embargo, la parejita no consigue superar su desconcierto. Papadakis mantiene la mirada fija en el plato y Kula entabla conversación con Adrianí, tratando de olvidarse de mi presencia.

—Escuchad, no sois los primeros que os habéis enamorado en el trabajo —les tranquilizo—. Y, al igual que todos los anteriores, no habéis dejado traslucir nada ante los demás compañeros. Bien hecho, sí señor. Vuestra vida personal no es asunto de nadie, siempre que no interfiera en vuestras tareas. Y puesto que no me había percatado hasta ahora, quiere decir que no interfiere.

—¡Lo que faltaba, que el trabajo interfiriera en el amor! —añade Adrianí en tono filosófico.

Papadakis se relaja y se echa a reír.

—Sería imposible que alguien se hubiera dado cuenta en la oficina, señor comisario. Kula me lo dejó muy claro desde el primer momento: no me permitiría acercarme a ella, ni siquiera por cuestiones laborales.

—Ya sabe qué dirían. Que la niña es muy hábil y ha enredado a Papadakis. No quiero cuchicheos por los rincones en un ambiente tan machista como el de Jefatura.

—Sí, aunque no podremos mantenerlo en secreto mucho tiempo más. Hemos decidido casarnos —anuncia Papadakis—. Mientras duraba la crisis no nos atrevíamos a pensar en formar un hogar. Ahora que nos ha dado un respiro, ya no hay razón para seguir posponiendo la boda.

—Si os casáis, uno de los dos tendrá que ser transferido a otro departamento y me pondréis en un dilema —le contesto riéndome.

—No habrá ningún dilema. Yo mismo solicitaré mi traslado, y Kula se quedará con usted. Porque ella ya estaba cuando llegué yo, pero también porque no sabe en qué condiciones tendrá que trabajar en otro departamento.

—Será un dilema de todas formas, porque tampoco quiero perderte a ti.

Papadakis se vuelve hacia Adrianí con una sonrisa llena de satisfacción.

—Al principio desconfiaba de mí —le explica—. Pero luego se arregló la cosa.

—Así es él —responde Adrianí—. Un bloque de hielo que se derrite rápidamente.

Los cuatro nos echamos a reír. Kula, en un gesto muy espontáneo, se inclina y le da un beso a mi mujer.

—La llamaré por teléfono cada vez que nos apriete las tuercas —le dice.

—Venga, brindemos por que la boda se celebre pronto —replica Adrianí, y segundos después todos atacamos los platos.

¿Cuándo ha llegado Papá Noel con sus regalos? ¿Y de dónde ha venido? En cualquier caso, no puede haber venido de Cesarea.* Por más progreso que hayan experimentado los turcos, no es suficiente para llenar los enormes cráteres de las deudas que hemos acumulado durante los años de crisis. Por consiguiente, ese aluvión de dinero a la fuerza ha de venir de otra parte. ¿De dónde? Nadie lo sabe y a nadie le importa. A todos les basta con haber vuelto a las viejas costumbres, con poder circular con sus Mercedes y sus BMW, con salir de juerga todas las noches y abandonar la ciudad los fines de semana.

Todo esto ha aparecido literalmente de la nada o, para ser más precisos, de la noche a la mañana. Cuando Grecia entera se preparaba para la inevitable vuelta al dracma, hecho que ya había augurado cierto autoproclamado profeta de las finanzas, y mientras Adrianí se preguntaba si debería llenar la despensa por si las moscas, una mañana nos despertamos y vimos la ciudad de Atenas empapelada con el acrónimo PNC y, debajo, una pregunta: «¿Y si...?».

Siguieron anuncios publicitarios en radio y televisión, todos con las mismas siglas y la misma pregunta, sin más explicaciones. Empezamos a plantearnos qué significaban las siglas y la pregunta, y quién estaba detrás de esa campaña. Corrían respuestas para todos los gustos; unos opinaban que se trataba de una

* En esta antigua ciudad anatolia (la actual Kayseri turca) nació san Basilio, quien en la tradición ortodoxa reparte regalos, como Papá Noel o Santa Claus. (*N. de la T.*)

encuesta, y otros veían en todo eso una conspiración. A nadie se le ocurrió que el anuncio y los carteles podrían tener que ver con un partido político. Adrianí estaba convencida de que era publicidad y esperaba la siguiente entrega, en la que por fin se desvelaría el producto en cuestión. Los medios de comunicación juraban y perjuraban que no sabían nada. El *spot* lo firmaba una agencia de publicidad que no quería dar explicaciones.

Nos quedamos todos con la boca abierta cuando descubrimos qué significaban aquellas siglas: «PNC, Partido Nacional por el Cambio». Y debajo formulaban por primera vez la pregunta completa: «¿Y si lo conseguimos? Dadnos tres meses. Si no lo conseguimos, nos vamos». Nadie los tomó en serio. Lo único que consiguieron fue un montón de risotadas. Desde la gente de a pie hasta los programas matinales de la televisión, todo el mundo se dedicó a analizar e investigar el fenómeno PNC, aunque les faltase la información básica: nadie sabía quiénes formaban el PNC y sus integrantes seguían sin dar la cara.

El misterio duró un mes, más o menos, hasta que se celebró la primera rueda de prensa. Entonces vimos en las pantallas a un grupo de políticos de aproximadamente cuarenta años de edad anunciando la creación de un nuevo partido. El PNC, sin embargo, no había surgido de la escisión de algún partido ya existente, como suele ser el caso, sino que era transversal. Aquellos cuarentones habían salido de otros partidos para crear uno propio. En su proclama afirmaban que no los separaban diferencias ideológicas, que, de todas maneras, ya habían perdido su razón de ser, sino que los unía el objetivo de salvar el país. El otro punto que tenían en común era que ninguno de ellos había sido diputado en el Parlamento. Todos eran cuadros políticos que habían acabado asqueados de las intrigas dentro de sus partidos.

El PNC no presentó ningún programa, no asumió ningún compromiso y no hizo ninguna promesa. Sus miembros, todos y cada uno de ellos sin excepción, formulaban la misma pregunta: «¿Y si...?». Sin entrar en más detalles. Y la respuesta era, más o menos, siempre la misma: «Pedimos un margen de tres meses. Si en tres meses no lo conseguimos, nos iremos».

Como era de esperar, los demás partidos empezaron a mofarse del PNC y de sus integrantes. Los medios, sin embargo, nos lo servían cada día como primer plato, no porque lo tomaran en serio, sino porque les parecía una presa fácil.

Eso, al menos, se creía al principio, porque los cuarentones del PNC demostraron ser mucho más listos y estar mucho más preparados de lo que sospechaban sus rivales políticos y los medios de comunicación.

Cada vez que algún periodista les preguntaba con cara de sabiondo: «Pero ¿cómo pensáis presentaros a las elecciones sin tener un programa? ¿No deberían saber los ciudadanos de antemano qué van a votar?», ellos lo fulminaban siempre con el mismo argumento: «Hasta ahora, los ciudadanos votaban una cosa y los partidos hacían otra. ¿No es mejor no hacer promesas que luego van a incumplirse? ¿No es preferible que los votantes confíen en políticos que no se aferren a viejas ideologías? Lo que nosotros proponemos al ciudadano griego es algo práctico, un gobierno de unidad nacional, ya constituido antes de las elecciones».

La gente se tragó el caramelo del gobierno de unidad nacional, sobre todo al ver que sus cimientos se ponían antes de las elecciones para sostener un partido unificado que no dependería de negociaciones postelectorales, que suelen demorarse *ad kalendas graecas*.

De ese modo, la pregunta inicial del PNC: «¿Y si lo conseguimos?» por fin encontró su respuesta: «Con un gobierno de unidad nacional lo conseguiremos». En un país donde los partidos se pelean constantemente entre sí, vencieron los conciliadores. El PNC ganó las elecciones, y con mayoría absoluta.

Los demás partidos se tiraban de los pelos, pero ya era demasiado tarde. Como era de esperar, los aguardaban fusil en mano. Tanto los partidos de la oposición como los electores, incluidos los electores del PNC, estaban convencidos de que una cosa eran sus promesas preelectorales y otra sus medidas de gobierno. A fin de cuentas, decir una cosa y hacer la contraria es una especie de dogma de fe entre los partidos políticos griegos.

No obstante, el PNC cambió esa tendencia. De repente empezó a entrar en el país dinero a carretadas. Gran parte de esta liquidez provenía de las privatizaciones que el gobierno realizó, con insólita velocidad y procedimientos sumarios.

Los demás partidos, apelonados en una esquina, voceaban: «¡Liquidan los bienes del país!», «¡Malbaratan el patrimonio nacional!». El PNC les respondía con la desapasionada voz de la razón: «Si has contraído deudas y no las puedes pagar, vendes tu casa para saldarlas. Es lo que hace cualquier hijo de vecino, por muy doloroso que le resulte».

Pero no se limitaron a eso. También crearon un fondo para bonificar a las empresas que ofrecían trabajo a los más jóvenes. Al mismo tiempo, acometieron la reforma del sistema de pensiones y seguridad social en colaboración con empresas privadas del sector de los seguros.

Sucedió exactamente lo que nadie esperaba. Empezó a circular dinero en los mercados financieros, los índices de desempleo iniciaron un descenso, si bien tímido, y la gente estaba contenta, no porque ganara más, sino porque dejó de perder lo poco que le quedaba. En cuestión de semanas, los griegos recobraron los ánimos. Los embotellamientos reaparecieron en las calles, con sus consabidos pitidos y cortes de manga, y los concesionarios de coches volvieron a publicitar sus flamantes modelos nuevos.

Aquel vuelco duró un trimestre, tal como había prometido el PNC. De modo que tras el periodo de tres meses, pasados los cuales en Grecia se recuerda la muerte de un familiar invitando a dulces, en esta ocasión se procedió a un reparto de peladillas para celebrar nuestra feliz boda con el nuevo partido gobernante.

Pienso en todo eso mientras espero a Adrianí para ir a celebrar la Resurrección del Señor, el sábado a medianoche. Hemos decidido acudir a una de las iglesias de nuestro barrio, la de San Lázaro, para no tener que bajar otra vez al centro y sufrir el martirio del tráfico, que ya tuvimos que soportar el Viernes Santo.

Adrianí lleva los cirios y emprendemos el camino a pie. De-

lante de la iglesia nos esperan Maña y Uli. Han vuelto de Alemania el martes, después de celebrar allí la Pascua con los padres de Uli. Cada uno lleva su cirio y nos reciben con grandes sonrisas.

—¿Ha preparado ya la *mayiritsa*,* Adrianí? —pregunta Uli, que habla ya el griego sin grandes dificultades; sólo comete de vez en cuando alguna metedura de pata idiomática.

—Ya está hecha, no te preocupes, hijo mío —lo tranquiliza mi mujer—. La *mayiritsa* y los huevos pintados.

—¿Cuándo hay que encender las velas? —quiere saber Uli.

—En primer lugar, Uli, no se llaman velas sino cirios; y en segundo lugar, eres peor que los griegos de nacimiento. Si pudieras, primero te tomarías la *mayiritsa* y después irías a la iglesia —contesta Maña enfáticamente, y se vuelve hacia Adrianí—: Por cierto, ¿sabe que estamos de ayuno desde el miércoles? A petición de Uli.

—Muy bien hecho, Uli, hijo mío —se entusiasma mi mujer—. ¿Y no te han sentado mal las legumbres?

—En absoluto.

—Si no me han sentado mal a mí, que llevo tomándolas toda la Cuaresma... —digo, medio en broma medio en serio.

—¿Han ayunado toda la Cuaresma? —se sorprende Maña.

—Hice una promesa... —explica Adrianí, pero no puede entrar en detalles, porque ya se oye, por segunda vez, la salmodia: «Venid a buscar la luz», llamando a los padres de familia a que acudan a encender los cirios.

Uli se escurre entre la multitud congregada y logra encender su cirio en cuestión de segundos.

—Felicidades, Maña —dice Adrianí, exaltada—. Lo has helenizado por completo.

—¿Cómo decía aquel proverbio? —responde Maña con una sonrisa—. «Más vale llevar calzado de tu país aunque esté remendado.» Pues Uli no es zapato de mi país, pero lo he remendado.

* Sopa pascual, preparada con distintas partes del cordero, con la que se rompe el ayuno de Cuaresma. (*N. de la T.*)

Escuchamos el «Cristo ha resucitado» ya camino de casa.

Adrianí se dirige corriendo a la cocina seguida de Maña. Uli y yo nos quedamos en la sala de estar. En esos instantes suena el teléfono. Son Katerina, Fanis y los consuegros, que quieren felicitarnos las Pascuas. El auricular pasa de mano en mano para que todos intercambiemos felicitaciones.

Terminada la llamada, Adrianí vuelve a la cocina para buscar la *mayiritsa* y Maña la sigue con los huevos pintados y la ensalada. Mi mujer choca su huevo con el mío y me lo rompe, mientras que Uli rompe el de Maña.*

—¿Qué esperabas de un alemán? —dice Maña riéndose—. Siempre tiene las de ganar.

—¿Sabéis cuál es la diferencia entre vosotros y nosotros, los alemanes, con respecto a la religión? —me pregunta Uli.

—Vete a saber. ¿Que nosotros somos ortodoxos y vosotros católicos o protestantes?

—Sois ortodoxos, efectivamente, es decir, de Oriente. Nosotros somos occidentales y nos lo tomamos todo muy en serio. En la iglesia tenemos que estar muy serios, con la cabeza inclinada, en silencio. Vosotros, por el contrario, os reís hasta cuando celebráis el entierro de Jesucristo, y también la Resurrección, por supuesto. Esto me gusta mucho. Porque inclinar la cabeza y no hablar en una celebración es de hipócritas. Vosotros, en cambio, disfrutáis de la fiesta sin tapujos.

Adrianí tiene razón, el chico se ha helenizado por completo, pienso mientras observo cómo ataca la *mayiritsa*.

* El Jueves Santo, según la tradición pascual griega, se preparan huevos duros y se pintan de rojo y de otros colores; en la cena del Sábado Santo, a medianoche, cada comensal elige uno y lo golpea con los de los demás, y quien conserva el huevo intacto tendrá buena suerte hasta la siguiente Pascua. (*N. de la T.*)